

78/2011

28 octubre de 2011

Georgina Higuera y Rumbao

**CHINA Y EL FIN DEL MONOPOLIO
OCCIDENTAL DEL PODER**

CHINA Y EL FIN DEL MONOPOLIO OCCIDENTAL DEL PODER

La primera década del siglo XXI ha sido escenario de la mayor revolución de los últimos tiempos, sin que los ciudadanos apenas percibieran lo que estaba sucediendo. Mientras Estados Unidos y Europa se encontraban sumidos, primero en la convulsión de la guerra contra el terror y luego en una crisis económica cuyas consecuencias aún se desconocen, la emergencia de nuevos actores, con China a la cabeza, ha asestado un golpe mortal al monopolio del poder ejercido por Occidente desde la Revolución Industrial.

Treinta años después de iniciar un despegue económico sin parangón en la historia, China ha comenzado a afianzarse como potencia; a cambiar, junto con los demás miembros del acrónimo BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), los juegos de alianzas existentes hasta ahora y a modelar una nueva estrategia global.

The Global Language Monitor, un centro de análisis estadounidense que a través de las palabras estudia los intereses de la sociedad, destaca que el tema más importante de la pasada década, por encima de los atentados del 11 de septiembre y de la guerra de Irak, ha sido: the rise of China. En la misma línea, el nombre que ha concentrado más titulares en el año 2010 ha sido: Hu Jintao, el presidente chino.

Durante dos siglos Occidente vivió a la sombra de Napoleón, quien describió China como un gigante dormido. “Dejadlo que duerma porque cuando se despierte estremecerá el mundo”, dijo el visionario emperador. Pero China hace tiempo que despertó y ahora somos nosotros los que no hemos tenido más remedio que abrir los ojos a la nueva realidad que nos ocupa.

El pasado septiembre, con ocasión del 10º aniversario de los atentados del 11-S, el exministro de Exteriores francés Hubert Vedrine señalaba en una entrevista con el diario *Le*

Monde que George Bush y su entorno neoconservador disfrazaron con su obsesión por la guerra contra el terrorismo el auténtico reto de nuestro tiempo: “El fin del monopolio occidental del poder y la ascensión de los países emergentes”.

China es la ‘C’ de uno de esos acrónimos que tanto gustan a los estadounidenses: BRICS. La S (Sudáfrica), debido a la distancia económica que separa a ese país de los otros cuatro, se cayó hace unos años del acrónimo, pero Pekín se ha empeñado en recuperarla y en abril pasado invitó oficialmente a Pretoria a participar en la cumbre celebrada en la isla de Hainan.

El término BRICS lo inventó en 2001 el banco de negocios Goldman Sachs para referirse al creciente peso de estas cinco economías emergentes, cuyo crecimiento entre 2003 y 2010 representó cerca del 40% del PIB mundial. Hoy en día, los cinco países cuentan con cerca de la mitad de la población del mundo y, según el Fondo Monetario Internacional, en 2014 supondrán el 61% del crecimiento del planeta.

Los BRICS han dado también un fuerte impulso al comercio entre ellos, que ha pasado de 38.000 millones dólares en 2003 a unos 220.000 millones en 2010. Además, pese a las desavenencias entre ellos –algunas tradicionales como entre China y Rusia o China e India-, han logrado dar un importante impulso a sus relaciones políticas y a su influencia en los foros internacionales, incluido el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, donde China y Rusia han llegado a ejercer a un tiempo el derecho de veto contra la imposición de nuevas sanciones a Siria.

China, avalada por sus 5.000 años de historia, no se considera un país emergente, sino reemergente. Para Pekín, los siglos XIX y XX son casi una anomalía en su larga trayectoria de dominio económico, político y cultural de buena parte del planeta. El llamado Imperio del Centro pretende recuperar el lugar que le arrebató la Revolución Industrial europea y el expansionismo marítimo británico, que sorprendieron a una dinastía manchú anclada en el pasado. “El imperio benigno”, como la llama Hug Thomas porque China más que salir a conquistar asimiló casi por ósmosis a los pueblos que se adentraron en sus confines, quiere dejar atrás el dominio de los manchúes, pero sobre todo la humillación impuesta por las potencias occidentales desde su derrota en la primera guerra del opio, en 1840.

Pekín está aprovechando esta vertiginosa reemergencia para asegurarse socios ansiosos de hacer oír sus voces y dispuestos a compartir el peso de la nueva arquitectura multipolar sobre la que considera que deber armarse el mundo. Socios repartidos por los cuatro continentes, que conforman el motor de la economía global y tienen voluntad de cooperar en la estructuración de un nuevo modelo que sustituya al orden establecido tras la Segunda Guerra Mundial.

La sustitución del G-7 (el grupo que incluía a los siete países más industrializados y era considerado el más poderoso y exclusivo) por el G-20, un grupo más abierto y representativo de la realidad actual, es uno de los cambios más significativos propiciados por los BRICS. Supone el asentamiento de un mundo multipolar en el que se aborden de forma colectiva los grandes problemas que entraña la globalización: como la seguridad, la estabilidad financiera, el libre comercio y la mejora cualitativa de la vida de la población. Todo ello dentro de la creciente preocupación por la sostenibilidad del planeta.

“Los países deberían considerarse como los pasajeros que comparten un mismo barco. Puesto que no hay más salida que navegar, deben cooperar en lugar de luchar entre sí y tratar de arrojar al otro por la borda”, afirmaba recientemente el consejero de Estado Dai Bingguo.

Henry Kissinger, icono de la *realpolitik* estadounidense, publicó esta primavera un libro titulado *On China*, en el que sostiene que el pulso entre Washington y Pekín es “ineludible” y que la actual política estadounidense de contención de China no tendrá éxito, como tampoco China conseguirá excluir a EE UU de Asia. De ahí, su defensa de que Washington y Pekín establezcan unas sólidas “relaciones estratégicas” y “limiten” sus imperativos nacionales para minimizar los conflictos. A sus 88 años, el exsecretario de Estado y exconsejero de Seguridad de los presidentes Nixon y Ford advierte que sin una buena relación entre Pekín y Washington “peligra la civilización tal y como ahora la conocemos”.

Lejos de la superada Chimérica, que imaginó el historiador Niall Ferguson, Kissinger compara la China de hoy con el EE UU de 1947. Así, durante la conferencia pronunciada en Pekín, en junio pasado -conmemorativa del viaje secreto que realizó hace 40 años para entrevistarse con Mao Zedong y sentar las bases del establecimiento de relaciones diplomáticas entre China y EE UU-, recordó que entonces EE UU se convirtió en el primer acreedor mundial y,

como tal, tomó la iniciativa de establecer el papel dominante del dólar e impulsar la reconstrucción de un mundo devastado por la guerra. China, dijo Kissinger, es ahora el mayor acreedor del planeta y la crisis financiera la ha colocado en donde se encontraba EE UU en 1947: “a las puertas de un nuevo orden mundial”.

La transición hacia ese nuevo orden que dejará de tener su foco en el Atlántico Norte para centrarse en el Pacífico se ha acelerado por la parálisis que sufre Occidente, que también está forzando a China a poner en marcha a toda velocidad su liderazgo mundial. En consecuencia, Kissinger recomienda a Washington que cree una “comunidad del Pacífico”, bajo premisas menos defensivas que las de la OTAN y más basadas en el “respeto mutuo, la colaboración y la inclusión”.

Los atlantistas son, sin duda, los más sorprendidos por el meteórico ascenso de China, al tiempo que los más preocupados por la urgencia con que se impone una nueva distribución de poderes. Un reciente estudio de la Academia Transatlántica, un foro que incluye a un nutrido grupo de investigadores e intelectuales de ambas orillas del Atlántico señala que “la emergencia de China es la manifestación más importante del traspaso del poder económico del oeste al este y tiene una enorme capacidad de remodelar el orden global”.

Frente a esta realidad, Europa y Estados Unidos pueden volver a hacer piña como en los tiempos de la Guerra Fría, reinventar una nueva asociación capaz de presentar una respuesta común y coherente al desafío chino o abandonarse a la divergencia y refugiarse cada uno en su orilla atlántica.

Los académicos sostienen que aún hay tiempo para que EE UU y Europa asuman el reto unidos y de forma efectiva. Proponen para ello una estrategia de tres puntos:

- 1.- Una división de las tareas y compromisos de seguridad, en la que EE UU se concentraría en el Pacífico y la Unión Europea asumiría una mayor responsabilidad y un mayor papel en las zonas que más le interesan: el este de Europa y el Mediterráneo.
- 2.- EE UU tiene que reconocer que ya no puede seguir gobernando el mundo unilateralmente. Entramos, de la mano de la diplomacia, en un mundo multipolar, y Washington debe contribuir a resolver los problemas internacionales con ‘soft power’ y no

con 'hard power'. La UE, a su vez, debe dejar de ser dependiente de Washington y cimentar de una vez sus propias capacidades diplomáticas y de seguridad y defensa.

3.- La comunidad transatlántica debe construir una sólida base común para liderar de forma activa el trasvase del poder y la riqueza a los nuevos actores.

Convertida en la segunda economía mundial, con más de tres billones de dólares en reservas y siendo el mayor poseedor de bonos del Tesoro estadounidense, la estrategia de Pekín no se limita a su entorno ni a ocupar el vacío dejado por las potencias coloniales en África, China se ha convertido en un actor tan importante en el continente americano que son muchos los que han abordado el término 'Lachinamerica' para referirse a un fenómeno que parece desbordar todas las expectativas. Según el Ministerio de Comercio chino, los intercambios entre China y América Latina y el Caribe en el primer trimestre de 2011 registraron un aumento del 44% y se situaron en 47.900 millones de dólares (36.000 millones de euros). Incluso en Cuba, China es ya el segundo socio económico después de Venezuela.

Símbolo inequívoco de cómo han cambiado los tiempos fue la decisión de la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, de elegir China como destino de su primer viaje oficial. Su objetivo era impulsar el buen entendimiento y la reciprocidad de las relaciones bilaterales. Brasil, orgulloso de los avances alcanzados en las dos últimas décadas, no está dispuesto a aceptar el menor tinte de una relación colonial con China, pese a que las materias primas representan el 70% de las exportaciones brasileñas al gigante asiático, mientras que el 98% de lo que Brasil importa de China son productos manufacturados.

En la última década, Pekín ha establecido "asociaciones estratégicas" con Brasil, Venezuela, México y Perú. Además, ha suscrito Tratados de Libre Comercio (TLC) con Chile (2005), Perú (2009) y Costa Rica (2010).

Ni que decir tiene que China es también el segundo socio comercial de la Unión Europea a muy escasa distancia de EE UU. El viaje de junio de 2011 del primer ministro Wen Jiabao a Hungría, Reino Unido y Alemania fue un auténtico paseo de alfombra roja, en el que Wen no se cansó de expresar la confianza de China en Europa. Y no solo con palabras, sino a golpe de talonario, comprando miles de millones de deuda pública británica, griega, portuguesa, española e irlandesa, entre otras.

Kerry Brown, del Instituto Tecnológico Suizo en Zurich, opina que “China ofrece un modelo positivo, al que aspiran los países en desarrollo, como alternativa al fundamentalismo del mercado capitalista, que ha quedado tan desacreditado después del estallido de la crisis financiera mundial de 2007”. Se trata de un modelo con terminología inglesa aunque suena muy chino: ‘Win-win’. Yo gano-tú ganas, por tanto, ganamos todos.

‘Win-win’ debería ser muy fácil, pero no lo es tanto como parece, porque existe una clara desconfianza hacia China y sobre todo hacia su gobernanza y su filosofía de vida. Las filosofías de Oriente y Occidente son dos pirámides invertidas. En Occidente, es el pueblo el que forma al Gobierno y en Oriente, según Confucio, el Gobierno el que forma al pueblo.

Las enseñanzas de Confucio (551 a 479 a. C.) fueron adoptadas en el siglo dos antes de Cristo como base ideológica del Imperio del Centro y así se mantuvieron, con algunos altibajos, durante más de 2000 años. Fue en el siglo XX, tras la ocupación de distintas partes de China por las potencias extranjeras, cuando intelectuales y políticos progresistas vieron en el Confucianismo la causa del retraso de su país. Mao Zedong fue muy virulento en sus críticas al maestro, cuyas enseñanzas tachó de feudales. Pero en este siglo el confucianismo vuelve a estar de moda y ha sido asumido por la maquinaria de propaganda del Partido Comunista Chino (PCCh), que recita sus enseñanzas y abre templos y memoriales en honor del maestro.

Para Confucio, una sociedad próspera solo se consigue a través de unas relaciones armónicas entre el padre y los hijos y entre el príncipe y su pueblo, pero el orden será siempre de arriba abajo y nunca al contrario. De ahí, la dificultad de que China adopte, a corto o medio plazo, una democracia pluripartidista a la occidental.

El sistema autoritario chino, mientras tanto, despierta todo tipo de escrúpulos en los países democráticos. Obviamente, Occidente no puede ni quiere abandonar la defensa de los derechos humanos, en los que se incluyen de forma indiscutible la libertad de expresión y asociación. Pero entre convencer e imponer hay un gran trecho y, sin duda, lo más beneficioso para ambos es la cooperación de manera que se impulse el bienestar de los pueblos.

La China de Deng Xiaoping, abandonó el totalitarismo de la época de Mao, por un autoritarismo en el que la mayoría de sus 1.350 millones de habitantes se siente cómoda. Ya

no existe el angustioso control que antes ejercían sobre los ciudadanos los comités vecinales y danwei (unidad de trabajo). Los chinos gozan ahora de una libertad relativa, tanto social como privada, que les permite disfrutar y mejorar su nivel de vida siempre que no interfieran en el férreo control que ejerce el PCCh sobre la política. Un poderoso aparato de propaganda y un Ejército, que pese a llamarse Popular de Liberación sirve al partido y no al Estado, completan el sistema gobernante.

Vargas Llosa escribía el pasado 3 de julio en El País: “En las universidades en las que hablé en Shanghai y Pekín nadie me hizo una sola pregunta política, tampoco los periodistas chinos que me entrevistaron, y creo que es la primera vez que me pasa en la vida. Todos parecen obsesionados con alcanzar una buena formación técnica y profesional que les abra las puertas a las grandes transnacionales y sus jugosos salarios o a los puestos administrativos, ahora también magníficamente dotados”.

Pragmáticos como ellos solos y profundamente confucianos aunque se vistan a la occidental, los chinos –sobre todo los jóvenes cuyo interés se reparte entre los videojuegos, las artes marciales y Lady Gaga- han dejado la política para el PCCh, que tiene 80 millones de miembros. De ellos, el 75% tiene menos de 35 años y la mayoría ha jurado lealtad a la ‘hoz y el martillo’ porque aspira a seguir progresando bajo la dirección de un partido que se ha ganado la legitimidad en la prosperidad y estabilidad que ha traído al pueblo. Más de 500 millones de chinos han salido de la pobreza en los últimos 30 años. Jamás en la historia se ha producido un enriquecimiento tan acelerado de tantos millones de seres.

Aunque a simple vista el PCCh parece monolítico, no lo es. Está integrado por distintas fuerzas que tratan de hacerse con su dirección más por disputa que por consenso. Rodeado de opacidad y secretismo, hasta ahora la única ventana que ha arrojado cierta luz sobre lo que se cuece en el interior del Comité Permanente del Buró Político, el máximo órgano de poder comunista, la ofrecen las memorias póstumas de Zhao Ziyang, el exprimer ministro y secretario general del partido destituido por la revuelta de Tiananmen.

Bajo el título ‘Prisionero del Estado’, este diario clandestino publicado en español el pasado mayo, apareció por primera vez en Hong Kong en 2009, cuatro años después de la muerte de Zhao y 20 después de aquella sangrienta madrugada de Pekín en que los tanques aplastaron la revuelta estudiantil atrincherada en la plaza de Tiananmen.

Zhao, que fue destituido por oponerse a la matanza y sometido a arresto domiciliario hasta su muerte, desvela la encarnizada lucha de poder que vivió la cúpula comunista tras la desaparición de Mao y la puesta en marcha de las cuatro modernizaciones que abanderaba Deng Xiaoping. Su diario ayuda a entender la China de hoy y sus errores garrafales, como encarcelar a artistas del renombre de Ai Weiwei, a blogueros, disidentes y activistas de derechos humanos y no permitir a Liu Xiaobo ni a ninguno de sus familiares o amigos acudir a recoger el Premio Nobel de la Paz 2010, cuya concesión puede ser o no discutible.

La quinta generación de dirigentes, que en el otoño de 2012 tomara las riendas del país – todo apunta a que Xi Jinping será el nuevo secretario general del PCCh en sustitución de Hu Jintao, cuya jefatura del Estado también ocupará en marzo de 2013- es consciente de que la mayoría de la población no se beneficia, o lo hace solo muy marginalmente, del tremendo despegue de China. Defensores de un desarrollo armónico y sostenido, se sienten más cercanos a los principios maoístas que apostaban por una sociedad más justa e igualitaria. No aborrecen el mercado pero, en contra de sus predecesores, pretenden domarlo, sobre todo ahora después de que la crisis financiera global ha expuesto las debilidades y los efectos negativos del sistema, quitándole buena parte de su credibilidad tanto en China como en Occidente.

En China se encuentran 16 de las 20 ciudades más contaminadas del mundo y sus míticos ríos están enfermos. No es de extrañar, por tanto, que la quinta generación esté seriamente preocupada por la degradación del medio ambiente en un país que solo tiene el 6% de la tierra fértil del planeta, pero el 20% de la población.

La dirección colegiada de la República Popular –el Comité Permanente del Buró Político- tiene actualmente nueve miembros, aunque el número no es fijo y se determina en el congreso del partido. Tampoco está estipulado cuantos escaños han de renovarse. No hay duda de que los ocupantes de cuatro de ellos permanecerán: el presidente Hu Jintao y su sustituto Xi Jinping, y el primer ministro Wen Jiabao y su sustituto Li Keqiang. De esta forma, afirma el PCCh, se asegura la continuidad y se evitan cambios bruscos que generen inseguridad.

La gran mayoría de los chinos que escucha a los occidentales recitar las bondades de la

democracia considera que su sistema político ofrece mayor estabilidad. A estas alturas ya está definida la dirección del país hasta 2022, mientras que en Occidente hay que esperar hasta el día siguiente de las elecciones para saber quién gobernará el país y nadie garantiza el cumplimiento de las promesas electorales.

Washington contaba con que Internet y las redes sociales debilitarían al PCCh, que empeñado en poner puertas al viento ha creado una gigantesca policía cibernética, que cortocircuita todo lo que puede debilitar al partido. La paranoia del régimen llevó cortar la circulación por la red de la palabra 'jasmín', desde que la tunecina la 'revolución del jasmín' derribó al dictador Zine el Abidine ben Ali el pasado enero.

Sin embargo, Internet lejos de occidentalizar a los casi 500 millones de internautas chinos ha reforzado el nacionalismo y creado un sinfín de redes sociales chinas que alientan la integración cultural de los habitantes del Imperio del Centro y su extensa diáspora. En China hay 230 millones de blogueros y si en Occidente, Twitter extiende a toda velocidad los microblogs, la compañía Sina ofrece esta conectividad a través de mensajes cortos (weibo, en chino) desde hace menos de dos años y ya tiene 140 millones de usuarios. Este servicio también se multiplica de forma exponencial en otras cuatro empresas que lo han lanzado.

El pasado mayo llegó la versión china de Facebook, Renren, a la Bolsa de Nueva York y, como era de esperar, atrajo tal número de inversores que las acciones se revalorizaron un 30% en la primera mañana de su comercialización. El mercado chino es tan apabullante que las empresas occidentales no han querido perderselo y se han plegado a las ordenanzas del departamento de propaganda del PCCh que les exige para operar en China la imposición de una serie de filtros que incluyen desde la pornografía a las referencias a la matanza de Tiananmen. A las multinacionales de la comunicación no les preocupar que en China no haya libertad de expresión.

Y no solo Internet. China ha entendido que el futuro se juega en el espacio y se ha lanzado a su conquista, tanto en la dimensión civil como en la militar. Sus expertos han estudiado paso a paso la rivalidad espacial soviético-estadounidense y extraído toda la información necesaria para emprender su propio camino. Aunque Pekín ha colaborado con las demás potencias espaciales en el desarrollo de sus capacidades, todo apunta a que de ahora en adelante el grueso de su programa espacial lo abordará en solitario.

Mientras Estados Unidos se queda sin trasbordadores y pierde su capacidad autónoma de enviar astronautas a la Estación Espacial Internacional, China ha puesto en órbita, el pasado 29 de septiembre, del módulo Tiangong-1, su primer laboratorio espacial. Al ritmo actual, China adelantará a Europa en la comercialización del espacio hacia 2020. Su sistema de navegación, Beidou, será operacional antes que el europeo, Galileo, en un par de años; la serie de lanzaderas 'Larga Marcha 5' dejará atrás al 'Ariane 5' y prevé tener lista para la próxima década su propia estación lunar.

El espacio también se integra en la estrategia nacional. En un claro mensaje a las minorías nacionales más proindependentistas, como tibetanos y uigures, Pekín designó a un manchú para la primera misión espacial china.

El Gobierno, que tiene un ejército de investigadores -más de 500.000 especialistas dedicados a investigar en los más diversos campos científicos, tecnológicos e industriales-, ha comenzado ya a multiplicar por ocho cada yuan que dedica a la investigación espacial. A veces en dinero y a veces en prestigio. Como hicieron sus predecesores orientales -Japón, Taiwan y Corea del Sur- China pretende dar el salto desde los productos manufacturados baratos a la alta tecnología y a la innovación y una carta de presentación espacial le ayudará en el empeño.

El punto más delicado es que todo el programa espacial está controlado por el Ejército Popular de Liberación que será el primer beneficiario de la investigación, de su explotación y de su uso. En 2007, Pekín sorprendió al mundo con el lanzamiento de un misil que destruyó un satélite suyo en órbita, algo que solo habían realizado con anterioridad Moscú y Washington. La prueba reveló la importancia que los militares chinos conceden al espacio en la defensa nacional y aumentó las sospechas estadounidenses de que tiene muy avanzado un sistema antimisiles.

El lanzamiento se produjo poco después de que George Bush rechazara un llamamiento internacional para prohibir las pruebas antimisiles. China hacía tiempo que abogaba sin éxito por la regularización del uso del espacio. Ahora, tras la exitosa prueba antimisiles, Washington parece dispuesto a llegar a un acuerdo, aunque exige más transparencia al Ejército más numeroso del mundo.

En la última década, el presupuesto militar chino ha aumentado por encima del crecimiento del PIB, a una media en torno al 15% anual. El Gobierno sostiene que parten desde muy abajo y que apenas dedican a la defensa el 1,4% del PIB, cifras que no se cree el Pentágono. Según el SIPRI (Instituto de Estocolmo para la Investigación Internacional de la Paz), el gasto militar de la República Popular ascendió en 2010 a 114.300 millones de dólares, es decir el 2,2% del PIB; lejos del 4,7% que dedica EEUU pero lejos también de lo que reconoce Pekín.

El rearme y la modernización del Ejército chino son espectaculares. El pasado enero aparecieron en distintas web –lo evidenció que habían sido filtradas– fotos del primer vuelo del avión furtivo J-20. Poco después, EEUU reveló que China está probando un misil balístico de medio alcance capaz de hundir un portaaviones en el Pacífico. En junio, Pekín reconoció que el portaaviones soviético que en 1998 compró una misteriosa empresa de Hong Kong, supuestamente para hacer un casino flotante, está siendo totalmente renovado y que en los próximos meses patrullará por el mar del Sur de China.

Desde 2010, Pekín ha aumentado su presencia en esas aguas en disputa con 10 nuevos buques, levantando ampollas entre sus vecinos y desatando una carrera armamentista en la zona. La actitud y la eventual búsqueda de soluciones a los diferendos que mantiene con Japón, Vietnam, Filipinas, Malasia, Brunei y Taiwan por distintos islotes y el trazado de la frontera marina serán reflejo del nuevo orden internacional que, según afirma ahora el Gobierno chino, debe basarse más en la diplomacia que en la fuerza militar.

Georgina Higuera y Rumbao

Redactora Jefe EL PAÍS

NOTA: Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.